

COVID-19, EPICENTRO Y EPISODIO DE UNA CRISIS CIVILIZATORIA

Pablo Lumerman*

INTRO

Vivo en la localidad de Cipolletti, una ciudad argentina, valletana y patagónica, la segunda en tamaño de la provincia de Río Negro y parte de la Región Metropolitana de la Confluencia. Mi realidad territorial es singular ; sin embargo, nunca me sentí más parte de la humanidad en su conjunto. Mientras escribo, me encuentro en mi hogar, bajo políticas de cuarentena, como respuesta a la declaración de pandemia por el virus COVID-19 y a las medidas de aislamiento o distanciamiento físico que, con variaciones, se han implementado a lo largo y a lo ancho de toda la aldea global. Hoy todos los países se encuentran buscando el achatamiento de la curva de contagios hasta que llegue la bendita vacuna.

El interrogante respecto al “qué hacer” frente a la situación de crisis puede ser pensado un escenario en el que se abren múltiples peligros y oportunidades. ¿De qué se trata esta crisis? ¿Que la causa y hacia dónde nos conduce? ¿Qué impacto tendrá en nuestra vida colectiva? ¿Qué podemos hacer al respecto para aumentar nuestro margen de maniobra? Si trabajamos estas preguntas tendremos más elementos (luces) para entender cómo mitigamos el peligro de estos tiempos y aprovechamos las oportunidades que se esconden en los pliegues del presente. Sin embargo quisiera anticipar cuál será la línea de reflexión: La crisis climática, la crisis económica y la crisis sanitaria por la pandemia constituyen una misma crisis madre, de naturaleza civilizatoria, y tiene como causa el efecto acumulado de un modo de producir y consumir a nivel global.

Este artículo lo escribo buscando compartir lo aprendido a través de escuchar a maestros y colegas de distintas disciplinas. Lo hago para cuestionar la actitud de reposo sobre teorías sobre simplificadas del tipo -Quién tiene la culpa de todo esto? El artículo se escribe en contra de las teorías de cenáculos y conspiración global, buscando más bien comprender el epicentro de la cuestión, focalizando tanto en las personas o actores que lo protagonizan y sus propósitos, reales o atribuidos, como en el patrón relacional que establecen entre sí . Busco con esto identificar tendencias y patrones estructurales que mejoren las explicaciones disponibles sobre lo que ocurre. La pandemia se presenta como una crisis sanitaria y nuestro argumento central es que es emergente de una crisis mayor, ecológica, cultural y

política de escala global, con impactos masivos y traumáticos a nivel local. En este sentido, quisiera señalar algunas ideas que me parecen útiles para pensar y actuar desde lo local en respuesta a esta crisis global.

En primer lugar, relacionar la crisis sanitaria y a recesión económica profunda y sostenida provocada por la pandemia de la COVID-19 como la confluencia de dos procesos concurrentes y acumulativos: la emergencia climática (calentamiento global) y la crisis de biodiversidad. En segundo lugar, subrayar que más allá de las discusiones sobre el autor material del virus (la naturaleza en sus interacciones con humanos o las potencias que buscan imponerse en la batalla geopolítica), la consolidación y crisis del modelo de globalización capitalista, en tanto modo predominante de producción y consumo, está en el epicentro de los problemas de la humanidad sobre el planeta, y que cualquier estrategia de recuperación, debería considerar seriamente sobre qué bases fundamentar la reconstrucción social y económica global luego de la pandemia y la recesión que trae consigo. En tercer lugar, busco con este artículo insistir, junto con tantos otros, sobre la necesidad de una salida solidaria y cooperativa a la crisis.

Buscamos sentido desde la experiencia de perplejidad ante lo novedoso y hasta pavoroso. Comprender mejor el tiempo en que vivimos, para actuar mejor, es lo que nos distingue como especie; la capacidad de cooperar, no solo para sobrevivir, sino para convivir.

El EPISODIO y el EPICENTRO de la PANDEMIA

¿Cómo entender lo que está pasando? ¿Tenemos alguna experiencia social previa que nos indique cómo significar, qué esperar, cómo reaccionar ante esta coyuntura de cuarentena global? La propuesta aquí es buscar en las causas directas e indirectas de esta pandemia, entendiéndose como un fenómeno biológico, ecológico, social, político y cultural; es decir, en su naturaleza integral. Quisiera, entonces, que podamos analizar la cuestión comprendiendo al episodio singularísimo en relación al epicentro que le dio posibilidad de existir.

El escritor italiano Alessandro Baricco describe este momento como un choque automovilístico de escala global. Es una descripción que pone en cámara lenta algo que, de hecho, es muy rápido. Al usar la metáfora del accidente automovilístico, interpreta Baricco: «Hemos tenido un accidente de coche. Un accidente de coche mundial. Los implicados somos todos. Todavía estamos tratando de sacar a los muertos y los heridos del amasijo de hierro en que ha quedado convertido el monstruoso vehículo en el que viajábamos. Luego empezaremos a preguntarnos cómo fue que pasó, si pudimos evitarlo, si habrá una

próxima vez».

El momento tiene distintos tiempos, algunas cosas ocurren muy rápido y otras, casi no se notan de lo lentas que van. Nuestra percepción está fragmentada. Contamos muertos y su distribución geográfica, las curvas de infección. Al mismo tiempo, tenemos una normalidad suspendida; como si fuera un reloj parado con la incertidumbre de si volverá a funcionar. El tiempo vivido es relativo con la perspectiva.

Estamos en un automóvil, pero no todos en el mismo lugar; algunos estamos al volante y otros, en el asiento de atrás. El impacto se siente distinto, a distintos tiempos. Lo vemos en el desplazamiento del epicentro de la crisis, entre diciembre de 2019 y mayo de 2020. Es un proceso dinámico. Sin embargo, hubo un momento muy especial para todos, a mediados de marzo, cuando la pandemia, que ya había sido declarada un mes atrás por la OMS, caló en la conciencia global. Fue cuando la curva dejó de crecer en Asia pero comenzó a crecer exponencialmente hacia occidente, en Europa, mostrando imágenes aterradoras de los sistemas de salud sobrecargados de España e Italia. Fue el momento donde las estrategias de muchos países, de infección controlada, fue reemplazada por medidas contundentes de distanciamiento social generalizado.

En el mes de abril, el virus llegó con toda su contundencia a los Estados Unidos, que ya hoy explica el 30 % de todas las nuevas infecciones globales. Se espera que el cambio de estación y la llegada del invierno austral, así como la radiación propia del virus, encuentre a los países del Sur (América Latina, África y Oceanía) con un incremento en sus tasas de contagio y con sistemas de salud, salvo excepciones, mucho menos consolidados que sus pares del norte. Este movimiento y crecimiento del virus produce hoy una gran incertidumbre sobre su evolución genética, su capacidad de contagio y de reinfección, así como sobre la capacidad del sistema sanitario global de responder a él.

La incertidumbre sobre la amenaza directa a la salud se conecta con una preocupación más concreta: los impactos sociales, económicos y políticos de esta pandemia, no solo del virus, sino del modo en que los países están enfrentando su amenaza. David Grossman, un escritor israelí, propuso pensar la plaga como una instancia pedagógica, él dice, formativa: «La plaga es un evento formativo. Cuando baje su intensidad, nuevas posibilidades surgirán». Hoy por hoy, la perplejidad sobre lo que nos está sucediendo y la crisis o ruptura que provoca libera una cantidad de preguntas vinculadas al porqué de esto que nos ocurre. Como si la humanidad levantara sus ojos al cielo y preguntara: ¿por qué a mí? El intelectual israelí plantea, entonces, aprender y ver el porqué. Y luego, transformémonos.

LAS ADVERTENCIAS DESOÍDAS: LA CRISIS SANITARIA y ECONÓMICA DENTRO DE UNA CRISIS AMBIENTAL Y CIVILIZATORIA

La COVID-19 es un virus de la familia de los coronavirus cuyo origen todavía es misterioso. Se la ubica en la ciudad de Wuhan, gran ciudad china de doce millones de habitantes, motor tecnológico industrial y 'hub' vertebrador de la China continental, de este a oeste y de norte a sur. Algunos apuestan a la tesis del diseño del virus en laboratorio y otros, a que su origen está en el mercado húmedo de la ciudad, en el que se venden como alimentos frescos, decenas de miles de animales domésticos y salvajes vivos que esperan su destino en un contexto de hacinamiento, gran insalubridad y riesgo sanitario. A todas luces, la COVID-19, como muchas otras enfermedades virales, son zoonóticas, es decir, surgen de la interacción perturbadora entre el 'sapiens' sobre el resto de la animalia.

En términos ecológicos, dado un cierto ecosistema, la ocupación humana provoca una intensidad y frecuencia de disturbios que supera el umbral de resiliencia y provoca el colapso de dichos ecosistemas, provocando procesos irreversibles de destrucción de bienes comunes. Es posible ver una tendencia en el crecimiento de la capacidad de destrucción de ecosistemas y en la compraventa de fauna silvestre en estos mercados, correlacionada con el incremento en un 17 % las enfermedades infecciosas causadas por vectores animales, ocasionando por año aproximadamente setecientos mil muertes.

Muchos anticiparon esta pandemia, al menos sus rasgos generales. Películas, billonarios y presidentes de potencias internacionales lo habían incorporado en sus previsiones. Sin embargo, hay otras voces que no solo plantearon las amenazas, sino su origen. Levi Sucre Romero, un referente del pueblo bribri, señaló que el coronavirus le envía un mensaje al mundo en sintonía con lo que los pueblos indígenas plantean desde hace miles de años: «Si no protegemos a la vida, a la naturaleza, vamos a enfrentarnos con estas y con peores enfermedades».

En estos últimos cien años, como especie hemos hecho eclosión y el crecimiento poblacional ha sido exponencial, lleno de épica, logros y sinsentidos. El balance y legado de la experiencia humana durante esta centuria es muy discutible, pero podemos reconocer que en el camino de nuestro desarrollo global hemos extinguido infinidad de especies vivas o estamos a punto de hacerlo. ¿Cómo lo hemos hecho? Degradando los ecosistemas que funcionan como soportes de nuestra vida. Como Jared Diamond ya lo había anticipado, cuando llega 'sapiens', los bichos tiemblan.

Los ecólogos y organizaciones internacionales vienen recordando como el mal manejo de los ecosistemas nos pone en peligro. Inundaciones, nuevos vectores infecciosos, sequías e incendios tiene relación con la falta de atención y adecuación de nuestras actividades productivas y de hábitat a los límites ambientales que presentan los ecosistemas. Científicos vienen advirtiendo hace muchos años la crisis de extinción de especies que estamos provocando, en la misma línea que el planteo de los intelectuales y activistas indígenas. Factores como la degradación de los bosques y el cambio climático reducen nuestras defensas naturales. De la misma manera en que el manglar vivo funcionaba de fijador de costas y primera línea de defensa ante el embate del huracán o el tifón, la naturaleza funciona como primera línea de defensa ante el embate de las enfermedades.

Desde la perspectiva de los alimentos y los sistemas de producción y comercialización de los mismos, podemos ver la siguiente secuencia: en los últimos cuarenta años la producción de granos se ha incrementado un 300 %, con un aumento del 100 % de la tasa de extracción de recursos renovables y no renovables de todo el planeta. Este salto de productividad basada en la potenciación de la capacidad extractiva de recursos tuvo varios efectos, de los que se destaca la mejora material de gran parte de la humanidad con el correlato de la extinción simultánea de miles de especies y la amenaza cierta de extinción de un millón de especies más. Esta mejora material de las condiciones de vida humana (acceso a alimentos, salud, techo, etc.) también trajo consigo la degradación sistémica de los distintos ecosistemas, poniendo a muchos de ellos al borde de la muerte ecológica, y a las poblaciones que de ellos dependen, en una crisis existencial.[2]

Según la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN), el 75 % de los ambientes terrestres están hoy «severamente» alterados por acciones humanas (el 66 % de los ambientes marinos también lo están). Este es, entonces, un modelo cuyas consecuencias tienen en los desastres ambientales climáticos y en la COVID-19 dos de sus expresiones más cruentas y destructivas. El drama es vivido particularmente por todos aquellos inscriptos en el campo del activismo ambiental, en especial por los defensores de los derechos de la naturaleza, ya que la totalidad de las metas de conservación internacional de la biodiversidad de las Naciones Unidas (metas de Aichi), entre las que se encuentran el mitigar las causas de la pérdida de biodiversidad, reducir las presiones y mejorar la situación de la naturaleza a través del cuidado de sus ecosistemas, no serán alcanzadas.

Para aquellos que se ven a sí mismos como promotores de un desarrollo verde, la cosa dista mucho de un mínimo éxito. La mitad de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) hacia el 2030 de Naciones

Unidas, relacionados a pobreza, hambre, agua, ciudades, clima, océanos y territorios, no serán alcanzados por las tendencias sustancialmente negativas en la naturaleza y sus contribuciones a las personas que viven en ella. A todas luces, asistimos al momento más angustiante de un fracaso civilizatorio y generacional que hoy se ve agudizado con el cruel contraluz que provoca el paso de la pandemia de la COVID-19.

Los procesos de electrificación y potenciación energética del mundo tal y como lo conocemos han estado generando, indiscutiblemente, una serie de beneficios materiales a la forma de vida de la humanidad en el planeta. Sin embargo, este proceso significó un crecimiento exponencial en la explotación de recursos fósiles para la producción de energía. Este crecimiento, junto al aumento de las emisiones de otros gases de efecto invernadero derivados del desarrollo industrial, está provocando un proceso cada vez más grave de calentamiento global, fenómeno que trae consigo cada vez más frecuentes y más notables eventos climáticos extremos, como sequías prolongadas, inundaciones, olas de calor y pérdida de litorales costeros.

El crecimiento sostenido de las emisiones de efecto invernadero 'pari passu' y el crecimiento de la población mundial siguen la misma tendencia que el crecimiento de las temperaturas a nivel global. Los récords de calor vividos durante los últimos años son cada vez más difíciles de negar. El 2019 terminó con derretimientos en los polos y temperaturas récord que, junto a las sequías, provocaron los incendios más intensos y letales de los que se tenga registro en los «pulmones» de todo el planeta, empezando en Siberia, California, y Medio Oriente hasta la Amazonia y la Chiquitania en Sudamérica, el bosque húmedo del Congo y los bosques de Australia. Estos incendios, resultados de un mundo más caliente y seco, a su vez provocaron una agudización de las emisiones, en un proceso espiralado que potencia de forma exponencial los ya elevadísimos niveles de emisiones alcanzados por el modelo civilizatorio actual.

Como los incendios, derretimientos, los aumentos de nivel, temperatura, contaminación plástica y acidez del mar, la COVID-19 llega como peste recargada, como si fuera la actualización de la sucesión de plagas que azotaron al Egipto de un faraón de corazón endurecido que no quería soltar privilegios. Luego de un 2019 cargado de activismo climático, la ciudadanía global ya reconoce que está atravesando una emergencia climática de efectos apocalípticos para el sistema-mundo.[3]

Nos encontramos con un capitalismo tecnológico avanzado que presenta un modelo de funcionamiento económico y cultural aparentemente muy consolidado, cuya tremenda capacidad de producir riqueza y avances en bienestar material se compensa con el precio de la, aún más tremenda,

capacidad de degradar ecosistemas, extinguir especies, desigualar a distintos grupos humanos y provocar una crisis sinérgica en la política, la economía, el clima y la biología sanitaria. Durante 2019 y 2020 ambas crisis explotan en secuencia precisa en el rostro de la Uber-humanidad del siglo 21, dejándola perpleja y en mala posición.

Podemos decir que el mensaje de alerta global llegó tarde a las elites. El llamamiento a dar respuestas contundentes que teólogos y activistas vienen planteando encontró eco en el Foro Económico Mundial de Davos recién en enero de 2020. En la agenda de esta convención clásica de la élite económica global, tomaron centralidad temas como el cambio climático y las pandemias, como principales factores de riesgo para la economía global. El CEO de Blackrock, el fondo de inversiones más grandes del mundo reconoció que hasta hace muy poco, el sector financiero no estaba dispuesto a reconocer al cambio climático como factor de riesgo en sus inversiones y que, hoy ya lo están haciendo. En sus conclusiones, este último encuentro del Foro de Davos levantó el guante planteando claramente que los factores como la deforestación y el cambio climático incrementan el riesgo de enfermedades como la COVID-19 al debilitar nuestras defensas ecosistémicas.

Entonces, podemos encontrar un consenso amplio y profundo en la siguiente afirmación. La pandemia es, a todas luces, la resultante biológica de un sistema ecológico planetario degradado por la acción humana. Lo que en su momento era una verdad sostenida solo por activistas de la ecología, hoy se convierte en sentido común. Cuando hablamos de un modo de ser y estar en el mundo, nos referimos a un modelo de crecimiento económico sostenido materialmente por cadenas de valor globalizadas, tremendamente extensas, complejas y agresivas con la naturaleza y los distintos sistemas soporte de vida locales. Este modelo tiene una ratio de crecimiento poblacional del homo sapiens que llegará en muy poco tiempo a los ocho mil millones de humanos. El argumento central es que es el modo de ser y estar en el mundo de la civilización contemporánea, definido sobre bases de producción y consumo con lógica de crecimiento ilimitado y de inutilidad programada, es el que ha provocado de forma sinérgica y acumulativa la crisis sanitaria, la crisis económica y la crisis ambiental, , anidadas o en mamushka, que derivan en esta situación de conmoción global y cambio de época. Es a razón de esto que hace unos años, y desde el campo de las Ciencias de la Tierra, los expertos comienzan a referirse a nuestro tiempo como una era geológica nueva denominada Antropoceno definida en función del impacto antropico sobre el planeta. Entrar en el Antropoceno significa dejar atrás el Holoceno, la era geológica que la vio nacer a la humanidad y que estuvo vigente durante los últimos diez mil años. Esta es una señal del significado histórico del tiempos que estamos viviendo.[1]

¿Será esta crisis mayúscula, la que pruebe la capacidad humana de transformar a tiempo su modo de ser y estar en el mundo; de producir, consumir y relacionarse con la naturaleza de una manera armónica y respetuosa y lograr, entonces, una relación transformada entre 'sapiens' y naturaleza?

MODOS DE RESPONDER: LA NUEVA CENTRALIDAD DEL ESTADO: UN ARGUMENTO A FAVOR DE UNA POLÍTICA DE EMERGENCIA CON BASE EN LA PARTICIPACIÓN Y COLABORACIÓN CIUDADANA

Diagnóstico, prognosis y terapéutica. Entender cuál es el problema emergente y los patrones que lo reproducen, como vimos más arriba, es fundamental. Anticipar los distintos escenarios posibles y poder construir los deseables, son clave para luego establecer un programa de acción. Necesitamos soluciones creativas que resuelvan el problema de corto plazo mientras, al mismo tiempo, se busca transformar las causas de fondo que lo generaron en primer lugar.

¿Cómo responder hoy, de forma cuidadosa y transformadora, a la crisis de la pandemia en los países de América Latina? ¿Cómo puede una política de emergencia ser integral en su concepción e implementación, integrando a la perspectiva epidemiológica, una económica, social, cultural e institucional? ¿Cómo pensarla operando en el corto plazo en función de sus efectos de largo plazo? De un modo más concreto y jugado: ¿cómo responder de tal manera que se permita desarrollar la solidaridad entre vecinos; la colaboración entre el Estado, la sociedad y el mercado de forma tal que se modifique el modelo de desarrollo que se presenta como factor «detrás de la cortina», el cual prepara las condiciones antrópicas para la emergencia de este tipo de pandemias «zoonóticas», es decir, provenientes de los animales?

Los Estados (los tesoros públicos) son clave para sostener la cuarentena y financiar la reconstrucción post crisis. Esta necesidad se encuentra en América Latina con una situación de profunda impotencia fiscal. Mientras los Estados Unidos o Europa lanzan planes de transferencias masivas desde el Estado, por un 15 o 20 % del PBI, la Argentina apenas roza el 2 %. El sector privado tiene un protagonismo indiscutible en la génesis de la crisis y, seguramente, en su atención y gestión. Las razones son múltiples, pero hay una en particular: la incidencia significativa del capital transnacional capaz de evadir una gran cantidad de dinero en impuestos. A nivel global, existen riquezas privadas clave para contribuir a este proceso a través de distintas vías. La más importante de todas es la de aportar a la renta global los impuestos necesarios para que la

política pública de emergencia y recuperación pueda hacerse cargo de la reactivación, en función de una planificación del desarrollo futuro sobre bases distintas a las que nos llevaron a esta situación. Es decir, desde una lógica de no repetición o prevención de recurrencias. El rol del Estado igualmente se mantiene, como garante, en última instancia, del valor de la moneda y el funcionamiento de los mercados; pero por lo anterior, los tesoros privados también tienen su responsabilidad para hacer frente a esta pandemia. Para lograr esto, es clave que se pueda prestar atención al modelo de inversión, producción y consumo que se estaba reconstruyendo, y es por esto que la dirección de todo fondo de contención y recuperación debería tener muy claras sus premisas.

Acaso sea valioso destacar el ejercicio de la agenda global de los ODS hacia el 2030, sin embargo, estamos en un momento de catástrofe donde se requieren compromisos más audaces, dado que no solo estamos enfrentando una crisis global de contenido sanitario, sino, como ya vimos, también económico-ambiental y, por lo tanto, civilizatorio-existencial.

Quizá los principales protagonistas del escenario pre-COVID-19, los nuevos plutócratas globales, sean entonces tan mirados como los Estados, respecto a la forma en la que eligen actuar y responder a la coyuntura. Estos billonarios pueden explicar sus fortunas, más allá de los méritos y deméritos personales, por una gobernanza global financiera que les ha permitido desarrollar estrategias de globalización de sus fondos en espacios 'offshore', a expensas del financiamiento de los Estados. Hoy puede verse a algunos de ellos, como Bill Gates o Mark Zuckerberg, enfrentarse al dilema ético, ante tamaña catástrofe planetaria, de cuál es la forma adecuada de usar sus fortunas acumuladas. ¿Más autointerés acumulativo o la apuesta a una salida concertada y solidaria?

Dicen los españoles que cuando llueve, llueve para todos. Hoy, millonarios y sectores trabajadores, por razones diferentes, pueden coincidir en lo beneficioso de contar con sistemas públicos de seguridad social sólidos. Las empresas globales, el sistema financiero, las familias más ricas del mundo y, en general, las élites globales se verán en la disyuntiva de invertir en la seguridad social de los sectores más afectados o en su propia seguridad física. Es claro que, de no contar con una infraestructura fuerte, los efectos destructivos de la pandemia serán altísimos. Por otro lado, los riesgos de ruptura de los circuitos de intercambio, asociados a la calidad de la demanda agregada global y nacional, pueden conducir a la desesperación y a la caotización social, escena favorable para salidas autoritarias y violentas que se presentarán como males públicos para poderosos y vulnerables por igual.

La pregunta, más allá de atender a la situación epidemiológica y sanitaria, y perder la menor cantidad de vidas en esa lucha, es, obviamente, cómo sostener económicamente los esfuerzos de cuarentena, garantizar los ingresos de la sociedad trabajadora y las empresas, al tiempo de poder desarrollar las capacidades para una recuperación económica sobre bases más inclusivas y sustentables. Esto nos lleva a la generación de mecanismos de recaudación pública y de aportes extraordinarios por parte de las mayores riquezas privadas nacionales por un lado, así como regímenes y criterios de subsidio y apoyo estatal amén de los procesos de moratoria o reestructuración de deudas sobre bases de sustentabilidad. Asimismo, será clave el cuidado y la llegada a los actores económicos pequeños y medianos con políticas segmentadas en función de cada una de las realidades. Es aquí donde hay que prestar mucha atención, aprendiendo de crisis pasadas como la de 2008, focalizadas en salvar sectores de la economía sin condicionar el uso del rescate por parte de agentes financieros, grandes 'holdings' y corporaciones en relación al uso de los fondos públicos y a las limitaciones de su conversión en dividendos o bonus a la alta gerencia de sus organizaciones. En otras palabras, los Estados junto a otros factores de poder tienen que reconocer la necesidad de avanzar en medidas profundamente contracíclicas y heterodoxas que deberían hacer estallar algunos supuestos del orden neoliberal y de crecimiento ilimitado por la vía del subsidio estatal masivo, pero con mucho cuidado respecto a dónde se invierten los subsidios estatales. Por otro lado y a propósito de las crisis de deuda soberana y el estallido de los contratos entre inversores y Estado, es muy importante que en los procesos de reestructuración de la deuda soberana, los países y los acreedores (bonistas) incluyan en sus parámetros de negociación, la inclusión de consideraciones sobre la sustentabilidad de los acuerdos, incluyendo los impactos en derechos humanos y en las capacidades de los países de hacer frente a las necesidades de recuperación social y económica post pandemia. En este sentido, la reestructuración de la deuda global agregada, pública y privada deberá ser abordada con responsabilidad por los actores del sistema financiero, ya que los Estados son, hoy más que nunca, la gallina de los huevos de oro para lo que quedará de la economía global.

En este momento, con la llegada del invierno en las zonas más australes, vemos un crecimiento de la infección de coronavirus exponencial que depende mucho país por país, de las políticas de emergencia asumidas. La muerte masiva de la población de riesgo provocaría tal nivel de trauma colectivo que afectaría la capacidad de recuperación de los actores de la economía y la rearticulación del tejido social.

Cualquier modelo exitoso de respuesta transformadora a la crisis derivada de la COVID-19 requiere estrategias de organización ciudadana y comunitaria como parte de una política de emergencia integral. En momentos de emergencia y conmoción social, la sociedad acuerda delegar facultades extraordinarias en el Estado para que este cumpla el rol protector. Estos poderes públicos extraordinarios y fundamentales para atender la crisis cargan con el riesgo de que estos sean usados para usufructuar aprovechamientos de arriba hacia abajo. La violencia institucional, peligro siempre latente a la hora del despliegue de fuerzas de seguridad, presenta el riesgo de generar anticuerpos insolidarios o resistentes en una sociedad no acostumbrada a que restrinjan sus derechos ciudadanos. El modelo latinoamericano tiene que reconocer la necesidad de fortalecimiento y ampliación del Estado en funciones, pero no olvidar sus limitaciones como mecanismo de coordinación social. En este sentido, con la pandemia vemos un fenómeno de conmoción social que requiere un fortalecimiento de la política pública de respuesta que a la vez, supone un protagonismo ciudadano muy diferente del esperable en Oriente. La emergencia de una ciudadanía de autocuidado y solidaridad que recupere lazos de solidaridad territorial y horizontal es clave para transitar la crisis en regiones como América Latina. Es parte del camino propio que la región tiene que recorrer para minimizar el daño y acelerar la recuperación o reconstrucción económica postcrisis.

Advertido por muchos intelectuales contemporáneos, como Harari o Byung Chul Han, el riesgo de la fascistización social y el desarrollo de mecanismos de control en 'realtime' a través de Internet pueden derivar en la construcción de un orden social basado en las jerarquías, la desigualdad y los abusos. Ferrajoli dice algo así como que la excepción y la emergencia justifican el cambio de las reglas de juego, que en el Estado de derecho contienen el poder punitivo. Es decir, la suspensión del Estado de derecho. Ante esta nueva situación de peste, aparece un mandamiento de salvaguarda: ¡te quedarás en tu casa! Los lineamientos para el uso de la fuerza represiva en la región, conscientes de sus limitaciones, deberían, entonces, trabajar muy bien en el autocuidado de su personal y en la aplicación del marco legal mediando con los ciudadanos y comunidad. Los lineamientos para el uso de la fuerza represiva del Estado en el marco de un estado de excepción generalizado deberían trabajarse muy bien, fundamentalmente pensándose como una vacuna contra el autoritarismo, con mecanismos de acceso a la información y participación ciudadana permanentes, todas estrategias preventivas con la finalidad de preservar la plena vigencia del Estado de derecho. Es por esto que se requerirán buenos mecanismos de movilización ciudadana para colaborar y hacer exigible la conducta responsable del Estado de cara a la epidemia. En este marco, trabajar en las condiciones materiales del dispositivo estatal para 'garantizar' el respeto del aislamiento físico o el uso adecuado

de los bienes comunes (alimentos, medicamentos, energía o servicios de 'streaming') requiere un rol activo de la ciudadanía. Es solo de esta manera que seremos verdaderamente eficaces, a sabiendas de que luego de que el Estado se desmonta en favor del sector privado, sus capacidades regulatorias, de planificación y de organización social comunitaria se ven severamente limitadas.

Hasta que encontremos vacunas, las políticas de distanciamiento y aislamiento físico segmentario de las personas será la mejor manera de prevenir el contagio masivo que tanto espanta a los sanitaristas. Sin embargo, esta vacuna social tiene un efecto no deseado que tenemos que prevenir: el repliegue y la desactivación ciudadana, o su canalización en control social represivo por parte de la vecindad que hace de instrumento vigilante de su cumplimiento. Es por esto que se requiere una mirada social de respuesta a la crisis sanitaria. La potenciación de las capacidades de organización y coordinación de esfuerzos a nivel de los barrios y las ciudades se complementan con los mecanismos de coordinación horizontal entre provincias o países fronterizos. La tendencia hacia el aislamiento no ayuda con esta necesaria coordinación y cooperación, y por eso el enfoque territorial es fundamental. La palabra clave entonces es 'cooperación'. Más que nunca, superar el instintivo repliegue de hogares y jurisdicciones para protegerse o inmunizarse, y entender que se está inserto en un sistema de interdependencias, con lo cual, la llave es la autopreservación basada en la cooperación social expandida.

Dicho de otra manera, un punto de partida para pensar la política de emergencia es revisar estrategias y potenciar «desde adentro» aquellas más pedagógicas o persuasivas que trabajen sobre la «conciencia colectiva», y que permitan incorporar a la ciudadanía de forma activa en la solución y no en el problema. Esto, por otra parte, nos resguarda de que la lucha y la salida de la epidemia vayan en contra de valores democráticos o nos condene a reproducir los patrones que nos trajeron hasta esta situación. Aprovechar la crisis como oportunidad para el cambio implica vivir este momento analizando cuales son los modos de ser y estar en el mundo que deben cambiar para atender esta uber crisis de cara al futuro. En este sentido será clave en todo esto, agitar la inquietud ciudadana orientada a la cooperación, que este distanciamiento sea físico pero no social. Es justamente la conexión social, el relacionamiento basado en la amistad, el compañerismo y la solidaridad lo que permite estar mejor preparados para gestionar las crisis y transformar las condiciones que nos llevaron a ella. Resguardar y fortalecer el cuerpo social, el cuerpo comunitario, es tan importante como la cantidad de camas para terapia intensiva, y esto requiere una mirada un poco más amplia, así como la capacidad política de motivación y conexión cooperativa de todos los que estamos metidos en este lio.

* El autor es licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad de Buenos Aires (UBA, 2001), magíster en Desarrollo Local y mediador especialista en conflictos vinculados a políticas públicas, empresas y derechos humanos. Es facilitador de la red de expertos del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, docente en resolución de conflictos de universidades públicas y privadas en la Argentina y a nivel internacional. Es fundador del Grupo de Diálogo Neuquino y es el director de Estudio del Valle, una consultora dedicada a acompañar procesos de innovación colaborativa.

Como facilitador, trabaja con la Alianza Climática Argentina y el Diálogo Forestal Ambiental, entre otras plataformas. Como mediador, integra el grupo de expertos del Mecanismo Independiente de Consulta e Investigación (MICI) del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y del Global Climate Fund, y ha trabajado con numerosas organizaciones de la sociedad civil locales e internacionales, entre ellas, el Consensus Building Institute, el Center for Effective Dispute Resolution, la Fundación Cambio Democrático, la Fundación Vida Silvestre, la Asociación Pensamiento Penal, la Fundación Otras Voces y JAMLAT.

-
1. Zalasiewicz, Jan; et al. (February 2008). «Are we now living in the Anthropocene?». *GSA Today*18(2): 4-8. doi:10.1130/GSAT01802A.1.
 2. Para más información, ver Informe del IPBES al respecto «Media Release: Nature's Dangerous Decline 'Unprecedented'; Species Extinction Rates 'Accelerating'»: <http://bit.ly/IPBESReport>.
 3. Los datos recientemente publicados por la NASA muestran que Groenlandia perdió un récord de seiscientos millones de toneladas de hielo durante un verano excepcionalmente cálido en 2019, superando el derretimiento récord anterior establecido en 2012. Las capas de hielo de Groenlandia ahora están perdiendo hielo seis veces más rápido que en la década de 1990.